

LITURGIA Y ORACION PERSONAL

El Concilio Vaticano II, en el capítulo I de la Constitución de Liturgia (Sacr. Conc. 11-12), se refirió a las relaciones que deben mediar entre celebración litúrgica y oración personal. Pero las afirmaciones del Concilio en este punto concreto no parecen haber llamado excesivamente la atención. Casi podría pensarse que hoy la mayoría cree que esta relación es un asunto definitivamente solucionado, que ahora las cosas andan bien y que si hubieron problemas en este campo en otras épocas el tiempo los ha definitivamente solucionado como ha solventado otros problemas que en períodos anteriores fueron también conflictivos, como sería por ejemplo, el de la incorporación de la lengua popular en la liturgia.

Pocos seguramente podrían hoy imaginar las tensiones que este tema hizo surgir en épocas no muy lejanas. La cohabitación de la piedad personal con la celebración litúrgica fue de hecho uno de los problemas más conflictivos -seguramente el más conflictivo- en los inicios del Movimiento litúrgico. Y hasta cierto punto era natural que así fuera hace unos decenios.

En las épocas más antiguas el problema de las relaciones entre piedad personal y celebración litúrgica parece que fue realmente desconocido. Incluso es bien posible que los cristianos antiguos ni advirtieran que se daban matices diferenciadores entre oración personal y celebración de la Iglesia, a pesar de que éstos existían tanto ayer como hoy. La vida, en efecto, siempre precede al análisis sobre la misma. ¿Por ventura el médico, incluso el más

competente, no hace la digestión mucho antes de conocer y advertir su proceso, aunque este proceso se dé, en su misma persona, mucho antes de que él lo conozca? Al conjunto de los cristianos antiguos se podría aplicar el bonito dicho de un autor antiguo: *Non loquimur magna, sed vivimus* (No hablamos de cosas sublimes, sino que las vivimos). Ellos, cercanos como estaban a las fuentes evangélicas, vivieron intensamente la novedad de la oración cristiana aunque no hubieran teoretizado sobre la misma.

Pero con el correr de los tiempos las cosas cambiaron y surgió entre los fieles una piedad en cierta manera autónoma con relación a la liturgia. Y con ello la situación, en este ámbito concreto por lo menos, empeoró. El crecimiento rápido de la Iglesia (las multitudes que se incorporan a la misma sin aquel proceso de intensa iniciación que caracterizó los comienzos), el desconocimiento progresivo del latín (que impidió a los más comprender los textos de la celebración) influyeron, seguramente entre otras causas, en que la piedad cristiana fuera perdiendo progresivamente su identidad más propia. Y la *devoción* de los bautizados se asemejó cada vez más a la oración del hombre piadoso que simplemente busca a Dios en su corazón con solas sus luces naturales. Llegados aquí ni se puede negar la buena voluntad de los *piadosos* -muchos santos vivieron en este contexto- ni el olvido casi total de no pocas riquezas evangélicas, como la conciencia del cambio radical que introduce Cristo al convertir la comunidad eclesial en su mismo cuerpo y hacer consiguientemente de la oración de la Iglesia una plegaria muy distinta y por supuesto superior a la simple oración humana, una plegaria que, *por su propia naturaleza supera en gran medida todos los demás tipos y clases de devociones, por excelentes que sean* (Instr. De Ordine hebdomadae sanctae, 23, AAS 47 (1955) 847).

El Movimiento litúrgico de principios de siglo intentó recuperar lo que desde los siglos medievales se había olvidado. Pero había transcurrido demasiado tiempo para poder esperar una recuperación pacífica. Los fieles se habían acostumbrado a vivir *su piedad*, casi sin tener conciencia de que existía una *piedad eclesial*. Numerosas prácticas populares (el rosario -que el mismo Papa mandó recitar incluso durante la misa-, por ejemplo, o los Meses de mayo y de ánimas, los Domingos de san José y otras muchas prácticas populares, a las que hay que añadir las devociones personales (meditación, exámenes, Visita al Santísimo, etc.) constituían de hecho el único horizonte de la piedad de los cristianos. Junto a estas devociones la plegaria eclesial, vino a considerarse en el fondo, más como obligación a cumplir -la misa

dominical de los laicos o el oficio divino de los clérigos y monjes- que como un verdadero y nutritivo medio para ponerse en relación con Dios.

Todo ello ocasionó que los postulados del Movimiento litúrgico no fueran fácilmente asumidos por el pueblo. La mayoría -y en esta mayoría sobre todo los *más piadosos*- los vieron casi como un atentado contra la verdadera piedad que era, por supuesto, la de las devociones. Y así nació la lucha entre lo que se llamó *piedad objetiva*, es decir, celebración litúrgica y *piedad subjetiva*, o prácticas de devoción. Pío XII tuvo no pocas intervenciones, las más célebres de las cuales fueron objeto de una larga y equilibrada exposición en su encíclica *Mediator Dei* de la que el Vaticano II toma no pocas de sus afirmaciones.

El Vaticano II planteó con valentía la cuestión retomando las posiciones de Pío XII y la cuestión quedó zanjada. Después del Concilio apenas se habló más de la cuestión. Los aires renovadores invadieron la Iglesia y devolvieron a la liturgia el lugar que le corresponde como *primer e insustituible manantial que es la participación... en la oración de la Iglesia* (S. Pío X, *Tra le sollecitudini*, GUERRERO, *El Magisterio Pontificio contemporáneo*, vol. I, pág. 623). Pero el ímpetu de la renovación conciliar quizá no se limitó a devolver a la liturgia su primacía sino que en muchos casos por lo menos arremetió contra lo que antes se había llamado *piedad subjetiva* de tal modo que casi lo redujo todo a la misma celebración y a sus mejores estructuras sin parar mientes en que la acción comunitaria debía profundizarse personalmente en la contemplación interior. Así de limitados somos los hombres que difícilmente logramos conquistas sin sombras o contravalores. Y en nuestro caso el lado oscuro de la recuperación lograda ha sido el menor esfuerzo que parece darse -por lo menos en algunos ambientes- por lograr una verdadera interiorización de la oración litúrgica.

Hoy ciertamente son pocos los que abordan el Oficio Divino como mera obligación, pocos los que siguen la norma, común hace sólo unas décadas, de rezar las horas, unas después de otras y lo antes posible para poder dedicarse así a la piedad personal. Pero tampoco quizá sean demasiados los que superen el rezar la Liturgia de las horas sólo con los labios. Pocos quizá también los que asuman personalmente la afirmación conciliar sobre la necesidad de *ejercicios piadosos que se deriven de la liturgia y a ella conduzcan* (Cf. Sac. Conc. 13, PARDO 13), como son sobre todo la meditación y profundización personal y contemplativa de los textos de la celebración.

En este número de *Liturgia y Espiritualidad* dedicamos un artículo a concluir un tema que nos ha ocupado desde hace unos meses -el de los horarios de la celebración- y que pensamos que hoy es muy importante. Es de la mayor urgencia lograr que el tesoro de la palabra divina que hoy *objetivamente* enriquece a la Iglesia sea realmente asumida e interiorizada también *subjetivamente* por los cristianos. Muchas maneras de rezar la Liturgia de las horas nos parece que dan a traslucir que con frecuencia se da un nuevo *cumplimiento*, modernizado, si se quiere, pero cumplimiento al fin. ¿Cómo profundizar de verdad el rico contenido de las lecturas del Oficio en un monasterio donde, a primeras horas de la mañana se acumulan -a veces incluso cercanas a la Celebración eucarística- una tras otra las dos principales y largas celebraciones de la palabra, dejando el resto del día casi en ayunas de contemplación a los mismos contemplativos? ¿No es ésta de hecho una acumulación de rezos, en el fondo peor aún que la del antiguo uso de recitar conjuntamente las tres horas de tercia, sexta y nona, que al fin y al cabo eran sólo horas *menores*?

Y por lo que se refiere a los ministros de la palabra pensamos que es urgente que busquen un espacio de verdadera oración personal. Este espacio probablemente en ningún lugar lo encontrarán mejor que en el Oficio de lectura, con la condición de que lo recen en un ambiente de distensión y tranquilidad, pensando más en Dios y en su papel de *discípulos del Señor que saborean a fondo las insondables riquezas de Cristo* (Cf. IGLH 29, PARDO 3970) que en su ministerio al frente de los fieles. A la mayor parte de sacerdotes, en efecto, les será más difícil alimentar su vida de oración en las lecturas de la misa que en las del Oficio de lectura porque las primeras con frecuencia las verán interrumpidas por las que proclaman y comentan a los fieles en función del ministerio a causa de la celebración frecuente de exequias, matrimonios, u otras celebraciones. Situar, por otra parte cada día el Oficio de lectura en un momento lejano -cronológica y psicológicamente- de los deberes ministeriales, a primeras horas de la mañana, de después del almuerzo o al fin del día, puede ser pensamos un buen medio de encontrar la posibilidad de una oración intensa que *se derive de la liturgia y a ella conduzca* (Cf. Sac. Conc. 13, PARDO 13). Esta lectura y meditación de la Escritura sin estar pensando utilitariamente en lo que van a predicar a los fieles, les puede dar un ámbito de paz y de oración que evitará incluso el que pasen a convertirse en meros funcionarios del ministerio.

P. F.